

PALABRAS CORTADAS EL VOCALIZAR JUDÍO DEL POETA

“¿Qué más- o qué menos- podría decir de lo que puede leerse en mis libros? Sin duda nada que se pareciese a una clausura, nada que los encerrara en sí mismos, nada que se obstinase en abolir el desierto”

Edmond Jabès

El fluir de la arena, su capilaridad, esa corriente que se alimenta de casas móviles. Lo discontinuo, lo que golpea los contornos de las cosas y corroe. La arena. La corriente que avanza y no es agua, que avanza y no ahoga; hunde. Movimiento que exige más movimiento. Acaso una lucha, acaso piernas manos de un abrazo animal en el cuadrilátero desierto, abandonado. Distorsión granulada sin puertas, sin ventanas, sin mirillas para el prisionero liberado sólo a condición de una dinámica de la deserción. Desertado, despoblado; vacío. El desierto representa la cartografía del silencio. Paisaje que reduce la voz bajo los influjos espejados de lo inhóspito. Allí, la inmensidad aciaga, el poeta, el judío, camina con el Libro a cuestas, arrastrándolo por una extensión convertida a su paso en desfiladero. De ahí, el riesgo. La fragilidad y el deber de paso. Del “haremos y escucharemos” judío nace el desafío de escuchar la paradoja en el atravesamiento, en esa forma radical de internarse en aquello que abisma. Procesión, o viaje, o diáspora; la escritura.

La dialéctica del desierto; bajo lo inconmensurable, la percepción de lo mínimo, el desplazamiento del origen hacia su pluralidad. Idioma vacilante enfrentándose a la distorsión. Entrar al desierto. Salir. En Éxodo 12 Jehová es aquel que saca a los hijos de Israel de Egipto. Entonces Moisés exhorta al pueblo a tener memoria del día en el cual salieron de la casa de la servidumbre. “Y contarás en aquel día a tu hijo...” sigue, con esa señal sobre la mano para que la ley de Jehová esté en la boca. Moisés dice: contarás; futuro imperfecto que enuncia la acción con sentido de suposición o cálculo aproximado, con el sentido de mandato comunicando instrucciones.

El contarás, primer indicio en el desierto de la voluntad de ficcionar ¿indica una realidad o prescribe una conducta? El futuro puede equivaler al imperativo, constituir un modo deóntico. Moisés no sólo tienen la función de conocer (theoría) sino también de fabricar (poiesis); el legislador tiene conciencia de promulgar un derecho nuevo y lo marca mediante el tiempo futuro. De la distinción de un modo verbal u otro se seguirá las

consecuencias en el orden del contar o no contar a los hijos en el desierto; la metamorfosis de la obligación. Desde el ángulo jurídico la obligación puede ser definida como una cosa susceptible de ser atribuida a un sujeto. Así el pueblo judío, el poeta, acuerda en el desierto; alianza- contrato- ley- Libro- libro.

Se entra al desierto con la lengua materna y se sale con el Libro (ley). Itinerario complejo que, ante la catástrofe, quiebra el pasaje provocando la pregunta que formulara Hanna Arendt *¿Was bleibt? Die Muttersprache*. La herida, la mutilación detienen al peregrino- residuo a quien sólo le queda por decir *Ya no escribiré ningún libro, ni en inglés ni en latín, porque la lengua en la cual me sería dado no sólo escribir, sino también incluso pensar, no es latín ni el inglés, ni el italiano o el español, sino una lengua de la cual ni una sola palabra me es conocida, una lengua en la que me hablan las cosas mudas*, respuesta definitiva de Lord Chandos. O en Ingeborg Bachmann *No descuido la escritura, / sino a mi misma. / Los otros saben / dios lo sabe / qué hacer con las palabras. / Yo no soy mi asistente*. El poema Verdad termina sin la metáfora del nombre *aguantar en el ding-dong de las palabras. / Nadie escriba esta frase / que no la firme*.

El signatario del acuerdo, de la ley; el autor. Bachmann, Hofmannsthal no escriben, no firman; por buscar la verdad (materna) que ya no encuentran en la ficción (paterna) se re- vuelven desde la alteridad del contrato a la alienación del origen distorsionado. Afásicos.

Otra vez el desierto. Si a partir de Moisés la geografía se hizo mapa, desierto- texto, lugar marcado, quien lo atraviesa hace propio su nombre; quien marca en su cuerpo el recuerdo de la errancia se llama judío.

Para los armenios el desierto fue deportación. Conducidos hacia allí por el ejército turco que los expulsaba de sus tierras, encontraron la muerte. Hijas enterradas en la arena por sus madres, desaparecidas.

Ruptura radical con la historia, con aquello dinámico que tiene la ley, la ficción, el libro. La gramática se paralizó al grado de fosilizar la palabra.

¿Was bleibt? Pregunta que habla de un calor más caliente que el fuego, que el desierto; *luego tendréis una fosa en las nubes allí no hay estrechez. ¿Cómo hemos vivido aquí?* Dice Paul Celan en La arena de las urnas. Lo que queda, lo que no se ha calcinado; aún mutilado, aún en el límite mismo donde el yo ejerce su subjetividad, ese yo que se precipita al vacío, y aún así en media lengua, habla. El testigo.

La indeterminación del testimonio en cuanto habla, dice en nombre del otro. Y el otro es el otro del desierto: el mudo. Testimoniar incesantemente sobre la propia alienación.

El milagro del yo que, dondequiera que habla, vive: no puede morir. Está herido o en duda, sin credibilidad y mutilado y si nadie le cree, y si él mismo no se cree, hay que creerle, debe creerse, tal como entre en acción, tal como llegue a la palabra, se separa del coro uniforme, de la multitud

silenciosa, quienquiera que sea, cualquier cosa que sea, sentencia Bachmann en las conferencias de Frankfurt.

Llevar al límite lo extranjero es hablar en una lengua que el otro no entiende, es según la epístola de Pablo a los Corintios “hablar en lenguas”. La barbarización del lenguaje donde el sujeto hablante cede su puesto *por tanto, el que habla en lenguas pida el don de poder interpretar* cuando se habla al viento y sin fruto. Testimoniar con lo que queda, con el resto, cumplirse con el “y contarás” mosaico con todo lo que falta, con lo que seguirá faltando en el umbral del hacerse hablante. Tesis hölderliniana según la cual *lo que queda, lo fundan los poetas* el resto móvil, aquello bárbaro, extranjero y, sin embargo, vivo, sobreviviente: el poeta.

Como lectores, volverse analfabetos, aprender a leer lo ilegible. Aquellos que han querido comprender son aquellos que no han querido sufrir, escribe Artaud mientras dibuja su “La máquina del ser o dibujo a ser mirado a través”, amenaza de disolución y, al mismo tiempo, lectura oblicua de una escucha deformada. *Escribo para los analfabetos*, la radical extranjería del idioma puesta en marcha por el poeta.

Himen o prepucio; borde. En forma de anillo. Límite que gira, retorna. Todos los poetas son judíos, dice Marina Tsvietáieva, afirma Jabès. Puntos de sutura, palabras cortadas *A ése/ circuncídale la palabra*, en la palabra abierta de Celan.

¿Cuál es la insistencia que busca dejar la marca de aquello perdido? Codicia del poeta por el resto. Lo que queda, apenas. Derrida o Hélène Cixous, un tejido, un texto, chal o talit de plegaria que se apega al cuerpo.

Reiniciar el viaje es adentrarse en el desierto o en la memoria. Ir hasta el lugar del “antes de”, avidez del resto en el libro que deviene huella, anillo, alianza. Errar, en su acepción de vagar, o de no atinar el golpe o el tiro, desacertar; o bien de faltar. El poeta en su andar sin residencia, ¿a quién le falta?

El sujeto tiene diversas maneras de no salir del desierto. Ya sea errar perdiendo la confianza en el libro y enmudecer, aniquilarse. Tal la solución de Bachmann. O lo extremo de encontrar la destrucción en el camino bajo un plan colectivo de acción de un estamento burocrático organizado. Armenios, judíos, gitanos, tutsis en Ruanda frente a la masacre y a su posterior negación. Así, un genocidio culmina cuando el criminal logra eliminar todo recuerdo del crimen. Entonces la escritura operaría sensibilizando zonas de amnesia, presionando sobre la memoria.

El sistema de muerte, proceso conocido con el nombre de solución final, eje central del proyecto nazi siguió la estructura lineal del campo de trabajo a la cámara de gas. La utilización de un lenguaje adaptado a la forma del eufemismo prohibía usar términos tales como muerto o víctima. Llevada la desobjetivación hacia lo último, la gramática forzada del exterminio decía “Figuren” (marionetas, muñecas) o bien, “Schmattes”

(trapos). A la quema pública de libros, la deportación y el confinamiento se agregaba la máxima privación simbólica, el nombre reemplazado por un número. Estrategia sórdida de convertir a millones de hombres en cosas. La vejación del estar ahí sin el refugio de la propia identidad padeciendo el estupor, el terror anonadante de la más extrema indefensión.

Liquidados, en el sentido de consumidos hasta el fin, segregados; así también como licuados. De manera tal que el poeta- judío hace su aparición trasvasando, vertiendo el líquido que es él mismo; gota a gota, el sorbo de las palabras.

Apropiándose de una narración para hacer de ella un relato-poema. Escribir. Hacer del nombrar un lugar de residencia. Entonces el poeta se llama con un nombre propio que lo obliga, implicándolo al mundo de la palabra. Si residuo deriva de residir, es con aquello sobrante, con la materia que le ha quedado al hombre inservible de cualquier operación con que el poema escribe su casa.

Un devenir de la voz poética que ya no es la de la transitividad literaria, sino que actúa en un estado intransitivo. Expresión de una inmediatez, formas del habitar.

Más que la utopía del tiempo romántico, una resistencia, una acción directa. De forma tal que el poema no sería la re-invencción de un origen sino el lazo que con- parte un cuerpo textual. Una geografía erótica donde la memoria esté transcrita, recorra sonidos e imágenes; nos afecte. Así el poema tiene la posibilidad de transformar la amnesia de los hechos traumáticos en una memoria que al nombrar cobija. Después de todo, y cada vez, se reinicia la señal que queda en los tejidos al cerrarse la herida. La cicatriz.

Ana Arzoumanian